DOCUMENTO DE TRABAJO 5.9

VII Informe sobre exclusión y desarrollo social en España 2014

Envejecimiento y crisis

Impactos de la crisis económica en las personas mayores en el Estado español

Eva Alfama
Marta Cruells
Universitat Autònoma de Barcelona

Sandra Ezquerra
Universitat de Vic

FUNDACIÓN FOESSA
FOMENTO DE ESTUDIOS SOCIALES Y DE SOCIOLOGÍA APLICADA

1. Introducción[1]

El alargamiento de la esperanza de vida y la gran mejora del estado de salud general de la población junto con la reducción de la fecundidad, han conducido en las últimas décadas a un envejecimiento de las sociedades a nivel mundial. Por primera vez en la historia, la población mayor de 65 años tiene un peso relativo muy significativo en la estructura social por edades, lo que tiene profundas implicaciones y requiere de nuevas respuestas por parte de las políticas públicas. En el Estado español, por ejemplo, los mayores de 65 años han pasado de representar un 11,24% de la población en 1981 a un 17% en 2011, y las previsiones existentes muestran que este peso continuará consolidándose en los próximos años [2].

Paralelamente, en las últimas décadas se han producido transformaciones muy importantes en las estructuras sociales, productivas y familiares que plantean la necesidad de repensar la representación habitual de la mal denominada tercera edad como un periodo dedicado al retiro, al ocio o al declive vital. Durante mucho tiempo la vejez y la participación social se han considerado como nociones contrarias, y se ha tendido a visualizar a las personas mayores como un colectivo fundamentalmente improductivo y demandante de servicios, de ayuda y de cuidados, y no como un grupo que realiza valiosas y variadas contribuciones a la sociedad. No obstante, un examen de los datos existentes nos muestra una imagen muy diferente: como veremos más adelante, las personas mayores son por lo general una pieza clave en las redes familiares y comunitarias, y sus aportaciones son muy significativas. La percepción de la ciudadanía refleja de hecho esta ambivalencia: en 2009 el 61,6% de la población española pensaba que las personas mayores no ocupan el lugar que les corresponde en la sociedad, mientras que el 36,2% consideraba que la idea que mejor representa la imagen que se tiene de las personas mayores es que no pueden valerse por sí mismas y necesitan cuidados (con un porcentaje un poco mayor incluso entre el propio grupo de mayores de 65 años: 39,6%) [3]. También en el debate público, político y académico se produce una pugna entre las visiones más centradas en la concepción del envejecimiento de la sociedad desde un punto de vista estrictamente económico-financiero de riesgo para la sostenibilidad del Estado de Bienestar, y las que parten de una mirada más amplia de la economía del envejecimiento, que pone en valor las aportaciones de distinto tipo de las personas mayores (en la demanda, el ahorro, los cuidados informales o la economía relacional cívica, solidaria y social, por ejemplo) (Rodríguez, 2011: 153-170).

[1] Este trabajo es fruto de un proyecto de investigación más amplio: "Envejecimiento activo, ciudadanía y participación", centrado en explorar las aspiraciones, necesidades estrategias, prácticas y propuestas de las personas mayores en la actualidad y en analizar las respuestas que se están ofreciendo desde las políticas públicas. Se inscribe en la Convocatoria Proyectos Cero 2011 en Envejecimiento de la Fundación General CSIC bajo la dirección de Joan Subirats y Mercè Pérez Salanova, la coordinación de Eva Alfama y la participación de los y las investigadoras Marta Cruells, Jorge Salcedo Montse Sánchez y Ramon Canal (Institut de Govern i Polítiques Públiques UAB), Marga Pla y Sandra Ezquerra (UVic), Joan Font (Instituto de Estudios Sociales Avanzados-CSIC), Pilar Monreal y Arantza del Valle (Grupo de investigación sobre Cultura y Salud del Envejecimiento-UdG), Julio Pérez (Instituto de Economía, Geografía y Demografía-CSIC) y Antoni Rivero (Instituto del Envejecimiento-UAB). Más información en https://envejecimientoyciudadania.wordpress.com/

[2] Datos censales de los censos de 1981 y 2011, y proyecciones censales del Instituto Nacional de Estadística (2012).

[3] Barómetro del CIS de mayo de 2009, estudio 2801, citado en Observatorio de personas mayores (2012). A continuación, el 23,4% tiene la idea de que las situaciones de las personas mayores "son diferentes, cada una con una situación distinta", el 13,2% que ayudan a sus familias y a otras personas, el 11,5% que están muy solos y no tienen apoyo familiar y social, el 6,2% que son activos y disfrutan de la vida, entre otras opciones de respuesta. De hecho, se constata como las personas menores de 65 tienen en general una imagen más positiva de los mayores que el propio colectivo: las ideas de que no pueden valerse por sí mismas, necesitan cuidados y suponen una carga están más extendidas en los mayores de 65 años, entre 2,5 y 3,4 puntos por encima de la media.

Por su parte, cada vez más las personas mayores llegan a la edad de jubilación en buenas condiciones de salud, con la voluntad de iniciar nuevos proyectos vitales y sin intención alguna de adaptarse a este rol de retiro social. Reclaman una mayor presencia ciudadana y el reconocimiento de su aportación a la sociedad. A la vez, se sitúa en primer plano la necesidad de abandonar la mirada homogeneizadora sobre este colectivo que predomina tanto en los análisis como en las intervenciones públicas. La etapa de la vejez es un momento de cristalización de las diferencias existentes en las trayectorias vitales individuales -marcadas por los estilos de vida y por la desigualdad en las posiciones sociales- por lo que las personas mayores son intrínsecamente un grupo social diverso (Holstein and Minkler, 2003; Calasantis, 1996). En particular, se apunta la necesidad de tener en cuenta que también las personas mayores en situación de dependencia son igualmente diversas y su capacidad de decisión y aportación debe ser promovida[4].

En este escenario ha entrado con fuerza la crisis económica y financiera, creando una situación paradójica. Aunque las personas mayores han sido tradicionalmente uno de los grupos sociales con menores ingresos y más vulnerables económicamente y representadas como sujetos no productivos, resulta que en el momento actual se caracterizan por contar con una notable estabilidad en determinadas dimensiones básicas –ingresos y vivienda-, lo que les sitúa en una mejor posición relativa respecto a otros grupos.

Ante esta situación, cabe preguntarse hasta qué punto en el actual momento de crisis el rol económico y social de las personas mayores adquiere una mayor relevancia. En concreto, nos interesa captar cómo la crisis está afectando a las personas mayores: ¿Han visto deteriorarse sus ingresos? ¿Cómo les afectan los recortes en los servicios públicos? ¿Se han modificado sus roles sociales?

Así pues, en este trabajo presentamos una aproximación a los efectos de la crisis sobre las personas mayores. A partir de un amplio trabajo de campo cualitativo realizado con personas mayores durante el año 2013[5], se ha elaborado una tipología tentativa de impactos de la crisis en este grupo que posteriormente se ha contrastado con los datos estadísticos disponibles. Hemos explorado qué tipos de impactos se han producido, cómo se insertan estos cambios en las trayectorias de vida y las redes sociales de las personas mayores, cuáles son aquellos elementos que generan una mayor vulnerabilidad y, finalmente, en qué medida las alteraciones producidas por la crisis económica se traducen también en transformaciones en su rol económico, social y familiar. El presente trabajo, nos permitirá, además, poner cara y cuerpo a todos estos cambios, por cuanto los relatos de estas personas son desde nuestro punto de vista, una forma muy potente de acercarse y comprender mejor esta problemática.

Este análisis forma parte de un proyecto de investigación más amplio en el que se pretende identificar las aspiraciones, necesidades, estrategias, prácticas y propuestas de las personas mayores en la actualidad, así como caracterizar las respuestas que se están dando desde las políticas públicas dirigidas a este colectivo. La investigación se centra en dos generaciones de personas mayores: los mayores de 80 años, por un lado, una generación que cuenta con un nivel formativo muy limitado y, con unas trayectorias de vida marcadas por la guerra civil y la postguerra; y una generación más joven, de entre 60 y 70 años, con un recorrido vital que se beneficia de una mayor apertura cultural y educativa y de más oportunidades vitales. El poner el foco en dos generaciones de personas mayores permite así captar el profundo cambio que se está produciendo en cuanto a las formas de vivir y afrontar el envejecimiento[6].

[4] IMSERSO, 2002, y Pérez Salanova, 2003, citados en IMSERSO, 2011: 334-335, entre otros.
[5] En concreto, se entrevistaron 49 personas en 8 localidades del territorio español. Las entrevistas se realizaron en Andalucía, Cataluña, la Comunidad Valenciana y la Comunidad de Madrid, en los siguientes entes locales: Madrid, Barcelona, Sevilla, Valencia, San Fernando de Henares, Olot, Aznalcóllar y Xàbea.
[6] Aproximadamente la mitad de las entrevistas se han realizado a la generación más joven y la otra mitad a los más mayores.

Teniendo en cuenta su trayectoria vital previa, pretendemos conocer la manera cómo estas personas experimentan y construyen el proceso de envejecimiento: cómo se organizan en su vida cotidiana, cómo se adaptan al envejecimiento, cuáles son sus redes e instituciones de apoyo, cómo entienden su aportación a la sociedad y su participación cotidiana, etcétera. Para ello se ha optado por un enfoque biográfico que pretende captar el recorrido vital de las personas entrevistadas a partir de su propio relato y narrativa, sin llegar sin embargo a adoptar una metodología específica de historias de vida (Vallés, 1997). A nuestro entender la riqueza que proporciona un acercamiento cualitativo en profundidad de este tipo proporciona una mirada extremadamente interesante para captar qué está sucediendo a raíz de la crisis en la vida cotidiana de estas personas, cómo están viviendo esta situación y en qué medida todo ello modifica sus roles sociales.

Sin embargo, aunque el elemento generacional ciertamente nos permite dar cuenta del impacto del contexto histórico y social en las biografías de las personas, la experiencia del envejecimiento se constituye a partir no sólo de la edad cronológica sino también de dimensiones psicológicas y sociales. Así, en nuestra selección de personas mayores hemos articulado la edad cronológica con los distintos momentos subjetivos del proceso de envejecimiento para poder captar la diversidad existente [7]. Adicionalmente, en la selección de las personas a entrevistar se buscó la mayor heterogeneidad posible, para poder dar cuenta de la diversidad existente en las trayectorias de vida atendiendo a variables clave como el género, la clase y el estatus social, la orientación sexual, el origen (migraciones internas e internacionales), y la etnia (gitana). Asimismo se han incorporado otras dimensiones significativas como son el modelo de convivencia y el estado de salud, que inciden directamente en cómo se vive el envejecimiento, las posibilidades de autonomía de las personas y en su disponibilidad de apoyo[8].

En un primer apartado presentaremos a grandes rasgos las características principales de las trayectorias biográficas de estas generaciones, concretando las tendencias existentes y los puntos de divergencia, así como los elementos con los que cuentan para afrontar el proceso de envejecimiento. Esto nos servirá posteriormente para aterrizar y poder poner cara al impacto de la crisis en sus vidas, a lo que dedicaremos el segundo apartado. Exploraremos cómo ha afectado la crisis a este colectivo presentando una tipología de impactos identificada a partir del análisis de sus relatos y en diálogo con datos estadísticos. Finalmente el trabajo se cerrará con unas conclusiones y reflexiones de futuro.

[7] Aquí seguimos la propuesta de Prieto et al. (2009), que han identificado tres etapas o momentos subjetivos en el proceso de envejecimiento a partir de los relatos de las propias personas mayores: una fase inicial de "Entrada en la cultura y en los escenarios del envejecimiento", un momento posterior de "Declive del cuerpo", y finalmente una etapa de "Repliegue del individuo". Estos tres momentos vienen definidos por la evolución que viven los individuos en tres diferentes esferas de la vida: la salud percibida, la actividad, y los vínculos con las personas, los espacios y los tiempos del sujeto. Es en la primera fase quizás donde más se visibilizan los cambios acontecidos en el proceso de envejecimiento como elemento novedoso en la historia de la humanidad: se produce una importante asincronía entre el envejecimiento biológico y el social, y se construye esta etapa como una época de la vida amable y bastante satisfactoria, en la que se desarrollan nuevos proyectos personales, no se perciben demasiado las problemáticas asociadas a la vejez ni las personas se identifican totalmente aún con el ser persona mayor.

[8] Dado que la finalidad del proyecto en el que se inscribe este análisis se vinculaba con la exploración de las formas de participación de las personas mayores, también se ha garantizado que algunas de las personas entrevistadas tuvieran una participación activa en el ámbito familiar, social, comunitario, asociativo o incluso en movimientos sociales u otros espacios políticos.

2. Las trayectorias de las personas mayores en el Estado Español

El análisis de los 49 relatos biográficos nos remite a lo que ha sido la experiencia de vida mayoritaria de las personas mayores en este país. A grandes rasgos nos muestra un colectivo que partiendo de unas condiciones socioeconómicas notablemente adversas y de unos niveles educativos extremadamente bajos, han tenido unos recorridos vitales por lo general marcados por el ascenso social. A lo largo de toda una vida de intenso trabajo, en la mayor parte de los casos se ha conseguido llegar a una notable estabilidad y a una mejora de las condiciones de vida, a la vez que se ha podido invertir intensamente en la educación de los hijos/as y en una vivienda propia. En cuanto a la organización de la intimidad, predomina la estabilidad en las relaciones de pareja. Todo ello, como veremos posteriormente, tiene importantes implicaciones a la hora de afrontar el envejecimiento.

Así, la enorme transformación vivida en España a lo largo del siglo XX se refleja directamente en las historias individuales de estas personas. La movilidad social ascendente es muy intensa en correspondencia con la mejora de las condiciones socioeconómicas en los últimos 50 años; aunque como veremos en el siguiente apartado esta trayectoria de mejora en buena medida se trunca a raíz de la crisis económica actual.

Las generaciones más mayores, nacidas en los años 20 y principios de los 30, vivieron la guerra civil en su infancia. Muchos de sus relatos acusan su enorme impacto y la crudeza de la lucha por la supervivencia de la primera postguerra. Nos hablan del hambre, de la movilidad por la geografía española en búsqueda de trabajo, de la represión política o de la pérdida de familiares. La narración de su infancia y adolescencia nos remite pues al peso de un determinado momento histórico en sus vidas. Buena parte de estas personas provienen del ámbito rural, tienen un origen social muy humilde, y en ocasiones incluso proceden de un contexto de miseria crónica, con numerosos hermanos/as y un entorno de grandes desigualdades y pocas oportunidades laborales. Muchos trabajaron desde corta edad, y contaron con pocos o casi nulos estudios.

El recorrido vital de las personas mayores más jóvenes, entre 60 y 70 y pocos años, se inserta ya en un marco más favorable. Son las generaciones que protagonizan la transición hacia una sociedad de masas, de consumo y democrática. Sus biografías, menos trágicas que las anteriores, muestran unas vidas dedicadas al trabajo y un similar proceso de movilidad social ascendente. Sin embargo, el origen rural no tiene tanto peso y por lo general alcanzan un nivel educativo más alto. Aunque no se produce aún un salto significativo en cuanto a una entrada masiva en estudios superiores – que se producirá en generaciones posteriores-, los estudios primarios se completan en mucha mayor medida y los estudios medios y universitarios son más frecuentes, a la vez que la formación permanente gana protagonismo.

Aún en este marco de mejora social generalizada, en sus relatos aparece una variedad notable en cuanto a los grados de avance y a la estabilidad de éste a lo largo de la vida. Esta diversidad vemos cómo viene determinada fundamentalmente por dos dimensiones claves: la clase social y el género, así como por las interrelaciones entre ambas.

Por lo que respecta a los hombres, estas generaciones son las protagonistas del desarrollo industrial español, ya sea en su juventud o en su edad adulta. Para los que parten de un origen más humilde y con bajos niveles de estudios, la entrada en el mundo laboral tomó con frecuencia la figura del aprendiz, y a partir de ahí se formaron y ascendieron en el lugar de trabajo. Un patrón similar se produce en los profesionales y trabajadores más cualificados, que normalmente cuentan con unos estudios medios. En conjunto, generalmente comparten dilatadas trayectorias laborales en la misma empresa, bien en pequeños talleres, bien en empresas grandes y/o consolidadas (Telefónica, Iberia, Renfe, Pegaso, cajas de ahorro y bancos, hospitales, por ejemplo). Esto les ha permitido acumular antigüedad y ha revertido

posteriormente en la consecución de unas pensiones de jubilación significativas. Sin embargo, casi ninguno de ellos consigue acabar su vida laboral en estas empresas. En este colectivo se ve claramente el impacto de la crisis de la industria española, que desde finales de los años 70 acarreó importantes reducciones en las plantillas. Por la vía de la deslocalización y el cierre de empresas o por la de la prejubilación estas personas, ya en la cuarentena o cincuentena en muchos casos, tuvieron que reintegrarse en el mercado laboral de nuevo. Ello les implicó una pérdida de ingresos y peores condiciones de trabajo en el corto plazo, y a largo plazo redujo de forma relevante las pensiones que hoy reciben.

En cambio, las trayectorias femeninas son más complejas, intermitentes, con mayor grado de informalidad y combinan el trabajo remunerado formal, informal y el de cuidados no remunerados. En ellas, no se pueden establecer perfiles tan claros en función de su relación con la actividad. Casi ninguna de las mujeres entrevistadas es exclusivamente ama de casa durante toda su vida, y muy pocas abandonan totalmente el trabajo remunerado a raíz del matrimonio, sino que más bien lo mantienen de forma intermitente y/o informal. En cualquier caso, emerge claramente el ya conocido patrón del hombre *breadwinner* y del trabajo de la mujer como complemento de ingresos y responsable principal del cuidado familiar.

Es importante recordar aquí, además, el duro contexto histórico en relación a los derechos de las mujeres que dificultaba en gran medida su mantenimiento en el mundo laboral formal, no sólo por la rigidez extrema de los roles y estereotipos de género, sino también por las limitaciones legales establecidas por el franquismo para con las mujeres[9]. Aun así, a lo largo de su vida la gran mayoría compaginó el trabajo doméstico y de cuidados no remunerado con diferentes aportaciones a los ingresos familiares desde la economía formal o informal: trabajando en el negocio familiar (mercadillo, consulta médica, bar, tierras…), trabajando desde la casa –fundamentalmente cosiendo- o realizando trabajos puntuales, con frecuencia de limpieza. Es en la generación más joven donde el acceso al mercado laboral formal por parte de las mujeres es ya una realidad mayoritaria, a la vez que aparecen en mayor medida perfiles profesionales más cualificados, entre los que encontramos tanto clásicos trabajos feminizados, como el secretariado, así como otros emergentes pero aún minoritarios como el profesorado o la educación social. Mientras que las mujeres más mayores -especialmente las de origen más humilde- vivieron una situación económica mucho más precaria que obligó a ambos miembros de la pareja a trabajar todo lo posible, en el periodo del desarrollismo se abre la posibilidad de una mayor flexibilidad en cuanto a esta articulación entre trabajo remunerado formal, informal y de cuidado.

Para finalizar, mencionar también que en las nuevas generaciones de mayores aparecen ya personas extranjeras instaladas en España en diferentes momentos de las últimas décadas. En este trabajo entrevistamos a cuatro de estas personas, con historias de vida muy diversas en cuanto a los motivos y a los momentos de su migración. Sus relatos nos remiten a procesos migratorios que han tenido una fuerte presencia en nuestro país (migrantes por motivos laborales instalados en las décadas de los 90 y 2000, así como migrantes comunitarios que se mudan a la costa mediterránea para pasar ahí su jubilación), así como a otros procesos más

[9]La legislación del trabajo remunerado de las mujeres durante el franquismo tuvo como objetivo impedir la independencia económica que pudiera sustentar cualquier tipo de emancipación. La Ley de Reglamentaciones de 1942 articuló por primera vez toda la normativa laboral e implantó la obligatoriedad de abandonar el puesto de trabajo en el momento del matrimonio, que se intentó compensar con la figura de la "dote". La Ley de Contrato de Trabajo de 1944, por otro lado, establecía que, en caso de reincorporación posterior, la mujer necesitaba la autorización del marido, al cual se le dotaba potestad para negarle a su mujer la capacidad de cobrar directamente su salario. Tal y como se refleja en las historias recogidas en las entrevistas, la discriminación histórica a la que se ha visto sometido el trabajo de las mujeres no sólo tuvo claros efectos en los distintos momentos vitales de las mujeres entrevistadas sino que además se manifiesta de manera muy clara en su menor grado actual de autonomía económica y al peor acceso a las prestaciones sociales derivadas de la participación en el mundo laboral, como serían las pensiones de jubilación. (Sarasúa y Molinero: 2008).Véase también Nuño (2010).

emergentes que previsiblemente se intensificarán en los próximos años (personas mayores que migran para reunirse con sus hijos y nietos instalados previamente en este país).

– **Las personas mayores ante el envejecimiento**

En conjunto, lo que nos muestran las trayectorias analizadas es, pues, que tras toda una vida de trabajo mayoritariamente se ha llegado a una situación de notable estabilidad. Vemos como a la hora de afrontar el proceso de envejecimiento en la actualidad las personas mayores cuentan por lo general con tres recursos básicos que actúan como malla de seguridad y que proporcionan un cierto bienestar: la pensión, aunque sea baja, la vivienda en propiedad y las redes familiares; lo que coincide a grandes rasgos con las aportaciones de la literatura en esta temática (ver por ejemplo, Naldini, 2003; Vega, 2009; Moreno 2012; entre otros).

Estos tres recursos claves les sitúan en una posición relativamente favorable para afrontar el envejecimiento. Por lo general se produce un equilibrio que proporciona unas condiciones de vida buenas o, por lo menos, dignas siempre y cuando no se produzca un deterioro importante de la salud –en estas personas o en sus parejas o ascendientes- que requiera de cuidados intensivos y/o continuos. Cuando esto sucede, este equilibrio se rompe y se producen situaciones mucho más complicadas por la falta de recursos públicos que den una respuesta adecuada a estas necesidades, las cuales son cubiertas como sabemos, básicamente en el ámbito familiar[10].

También cuando alguno de estos tres elementos falla o es más débil se producen situaciones de mayor vulnerabilidad. Por lo que respecta a la vivienda, la Encuesta de Condiciones de Vida de 2012 apunta a que en la actualidad una abrumadora mayoría (90,1%) de las personas mayores en España son propietarias de su vivienda habitual. Pese a que el porcentaje es igualmente elevado entre la población adulta menor de 65 años, en las personas mayores habitualmente se trata de viviendas ya pagadas, lo que permite mantener un cierto nivel adquisitivo aún con pensiones muy bajas. En este sentido, los relatos de las escasas personas entrevistadas que envejecen en una vivienda de alquiler visibilizan esta cuestión: dos de ellas se refieren a ese momento como un momento crítico.

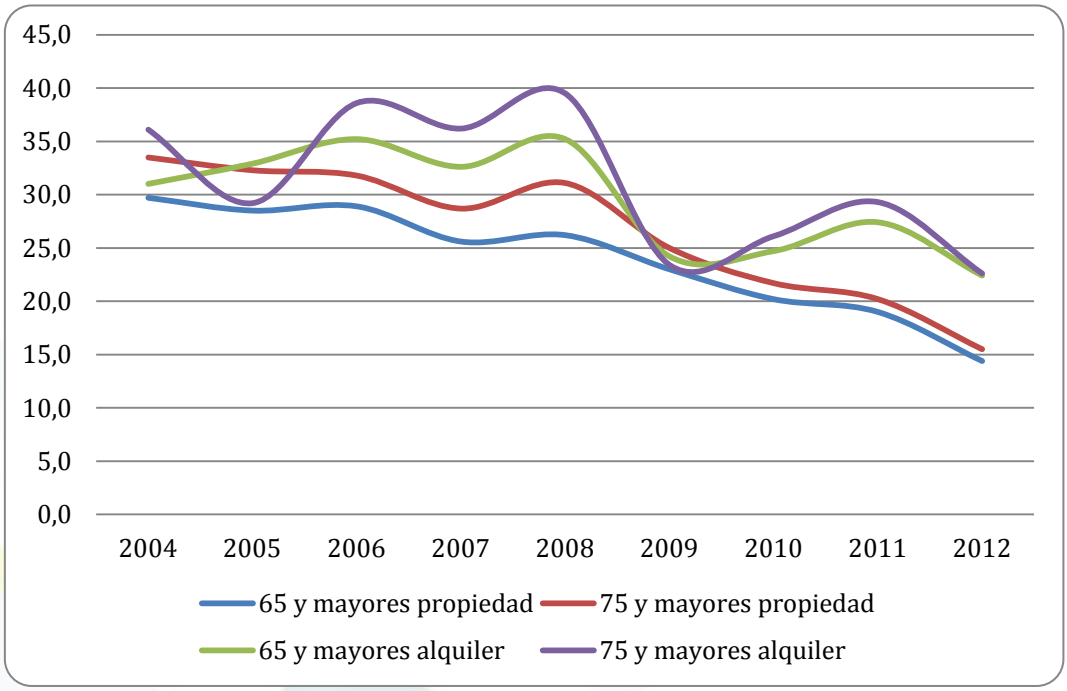
> *Pues con el tiempo yo ya vi que no podía… Con el dinero que cobraba de jubilación, yo no podía hacer frente a pagar el piso, y a todos los gastos que tiene una casa, que si luz, que si agua… No podía. Veía que no podía y que no podía. Tanto es así, que yo hablando con la asistencia social, a la que me dirigí para ver si me concedían esto, pues yo le dije, digo: "Mire", digo, "ahora mismo yo es que tengo que dejar el piso. Y hay un amigo mío que tiene un terreno y tiene una caseta allí, para meter las herramientas y meter cosas y tal, y que me voy a tener que ir allí…". Y me preguntó "¿Y dónde está eso?", "Pues mire", digo, "A 12 km del primer pueblo. O sea, voy a estar allí solo, allí no hay agua corriente, allí no hay luz, pero no tengo más remedio que irme allí." "Hombre, ¿y cómo se va a ir usted allí?". "Hombre, es que no tengo más remedio". "Bueno, pues nada". Entonces fue, me hizo la solicitud y tal [de un recurso residencial público para personas mayores], pero a pesar de eso me tardaron 2 años en dar esto. Yo ya estaba desesperado. Desesperado. Porque es que no, no podía vivir*. (Hombre, 76 años).

Así, en las pensiones más bajas, propias de las trayectorias más humildes y de las femeninas, el momento de la jubilación supone una disminución de los ingresos les sitúa en una posición

[10]Fuera del contexto familiar, las personas mayores reciben pocas ayudas institucionales. Si miramos por ejemplo los índices de cobertura estatales en ayuda a domicilio, teleasistencia o centros residenciales para personas mayores o en situación de dependencia observamos que para enero de 2010 éstos eran todavía muy bajos: un 4,9% en ayuda a domicilio, un 7,2 en teleasistencia, un 0,89 en centros de día y un 4,58 en centros residenciales (Díaz Martín et al., 2012).

muy vulnerable. De hecho, tal y como se muestra en el siguiente gráfico, si bien en su conjunto las tasas de riesgo de pobreza entre las personas mayores de diferentes franjas de edad disminuyen en los últimos años, si atendemos específicamente a las que no son propietarias de su hogar la situación es significativamente diferente en la mayor parte del período, acusando notablemente además en la primer mitad de la década el impacto del alza de los precios de alquiler en su poder adquisitivo[11].

Gráfico 1. Riesgo de pobreza de las personas mayores por edad y régimen de tenencia. 2004-2012, %



Fuente: elaboración propia a partir de datos del Eurostat, consulta diciembre 2013

En el relato de las personas mayores, el tener una vivienda en propiedad se percibe como un elemento que proporciona tranquilidad de cara al futuro: se ve como un seguro que puede permitir afrontar las necesidades de cuidado que puedan surgir. No obstante, en la práctica vemos cómo esta opción tiene unos límites claros. Cuando sobrevienen problemas de salud que generan limitaciones importantes –y en especial cuando éstas devienen crónicas- es cuando se visibiliza la dificultad de las soluciones individuales y de las redes familiares para ofrecer respuestas adecuadas a necesidades intensas y constantes. Dado que los cuidados a largo plazo son extremadamente caros, se hace patente la necesidad de servicios públicos en este ámbito. El caso de una de las mujeres entrevistadas nos permite ilustrar esta cuestión. Viuda, de clase trabajadora, casi 90 años y con un alto grado de discapacidad física, optó por vender su domicilio habitual para poder financiarse una residencia (privada). Cuatro años

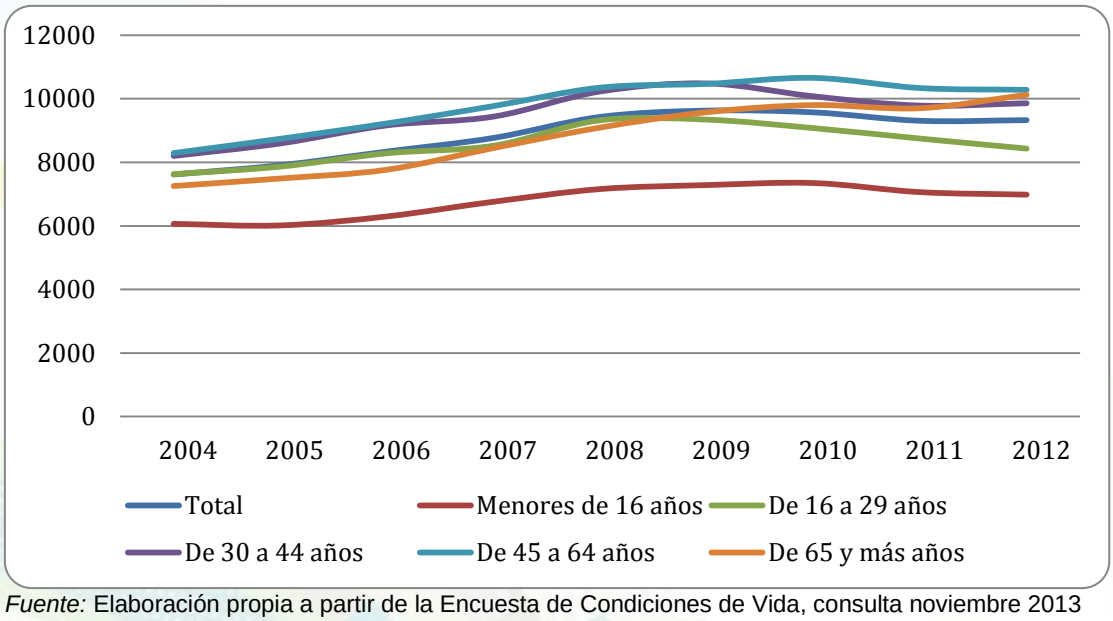
[11] Otros trabajos previos examinan con mayor detalle la relación entre la propiedad de la vivienda, el nivel de vida y la pobreza en las personas mayores, señalando en concreto las dificultades existentes para inferir de la propiedad de la vivienda una mejor situación económica de las personas mayores. Se apunta a que habría que tener en cuenta tanto los costes de mantenimiento de las viviendas como las dificultades con que se encuentran para mantener las viviendas en condiciones adecuadas, que se pueden expresar en problemas de accesibilidad y adaptación en las mismas y en indicadores como el de pobreza energética, que mencionamos en el apartado de impactos directos de la crisis (ver por ejemplo Rodríguez, 2011: 203-204).

después, ha gozado de buena calidad de vida en la residencia y ha podido también costearse algunos elementos tecnológicos que le han permitido mejorar su autonomía (audífonos y una silla de ruedas eléctrica). No obstante, el elevado coste mensual de la residencia implica que ya sólo le queda suficiente dinero para cubrir aproximadamente 21 meses más, lo que genera obviamente una gran ansiedad e incertidumbre respecto al futuro.

Respecto a la pensión hay diversos elementos que queremos destacar. En primer lugar, señalar que aunque España gasta en pensiones más que muchos otros países europeos, sigue estando por debajo de la media en el gasto en protección social a la vejez. En concreto, según Eurostat en el 2011 este gasto como porcentaje del PIB era del 11,4% frente al 13,4% de la media de la zona Euro. No obstante, es importante mencionar que la distancia con las medias europeas no es tan notable como en otras políticas sociales (como por ejemplo en servicios sociales o en políticas familiares) y que el aumento del gasto en este ámbito ha sido el más elevado desde el principio de la democracia.

En segundo lugar, si nos remitimos a los datos referentes a la renta anual media de las personas mayores, vemos como en los últimos años ésta ha ido aumentando de forma bastante constante. Así, en el periodo inmediatamente pre crisis la tendencia alcista era común a los otros grupos de edad, pero en cambio después del período 2008-2009 es la única franja donde por lo menos hasta 2012 no se produce un cambio de inflexión en negativo.

Gráfico 2. Renta anual neta media por persona por edad. 2004-2012, Euros



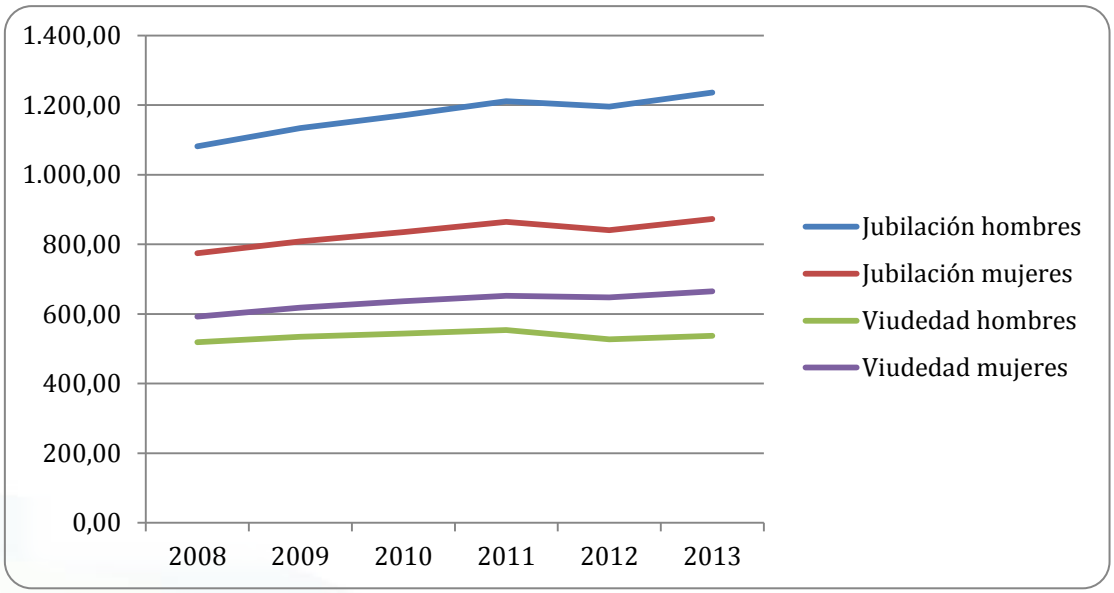
Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta de Condiciones de Vida, consulta noviembre 2013

Pese a todo, es importante recordar que la mayor parte de las pensiones se sitúan en los tramos inferiores de cuantía: en 2013 todavía más de dos millones de pensiones son inferiores a 500 euros mensuales y el 50,67% del total no llegan a los 650 euros, siendo el tramo de ingreso más frecuente el que se sitúa entre los 600 y los 645 euros.[12] Sin embargo, a medida que las nuevas generaciones se jubilan progresivamente han ido aumentando los importes medios de las pensiones, dado que cuentan con una mejor historia laboral y unas mayores bases de cotización. En sólo 5 años, entre 2008 y 2013, por ejemplo, la media de las pensiones de jubilación masculinas aumentó en 128,8 euros y la de las femeninas 86,7, lo que constituye

[12] Datos del Instituto Nacional de la Seguridad Social, consulta diciembre 2013. Hay que recordar asimismo que las pensiones mínimas han sido revalorizados en los últimos años.

un incremento del 12,6 y 13,3% respectivamente del total de 2008. Se prevé que en el futuro, a menos que se modifique el sistema de pensiones, esta tendencia se consolide.[13]

Gráfico 3. Cuantía media pensiones de jubilación y viudedad por sexo. 2008-2013, euros

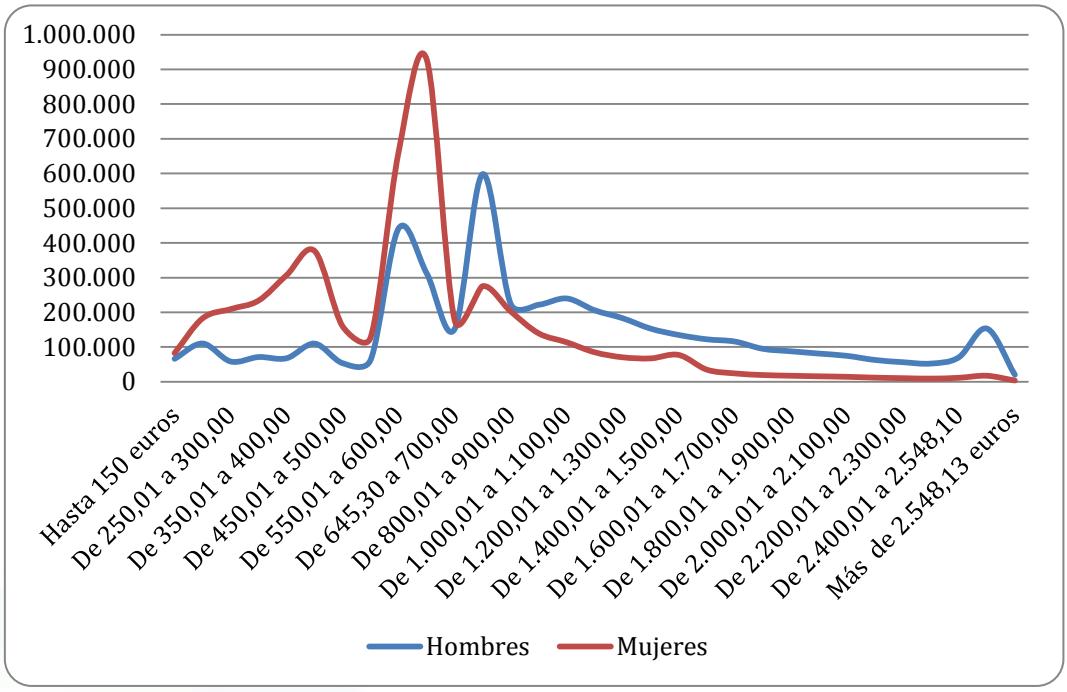


Fuente: Elaboración propia a partir de datos del Instituto Nacional de la Seguridad Social, consulta diciembre 2013

En tercer lugar, es destacable, con la excepción específica de las pensiones de viudedad, la gran diferencia existente entre la cuantía recibida por mujeres y hombres: para 2013 en las pensiones contributivas la distancia es de 414 euros según el Instituto Nacional de la Seguridad Social. Mientras que en el caso de los hombres encontramos poco más de un millón y medio de pensiones por debajo de los 700 euros mensuales, el número de pensiones femeninas que se sitúan por debajo de este umbral es más del doble: 3.450.460, un 73,8% del total. Tal y como se muestra en el siguiente gráfico, el tramo de cuantía de las pensiones masculinas más frecuente es el de entre 700 y 800 euros mensuales y en las femeninas entre 600 y 645 euros mensuales.

[13]Datos del Instituto Nacional de la Seguridad Social, consulta diciembre 2013.

Gráfico 4. Pensiones del nivel contributivo de la Seguridad Social por tramos de cuantías y sexo, 1 de noviembre de 2013, Euros



Fuente: Elaboración propia a partir de datos del Instituto Nacional de la Seguridad Social, consulta diciembre 2013

Esta brecha no sólo se debe al peso de las pensiones de viudedad en las mujeres (un 23,9% del total y un 46,6% del total de las femeninas a 1 de octubre de 2013), sino también porque sus pensiones contributivas de jubilación son menores por la intermitencia de su presencia en el mercado laboral y las desigualdades de género existentes en este ámbito. De hecho, de media, las mujeres ni siquiera llegan a cobrar 2/3 de las pensiones masculinas, una brecha que además ha aumentado ligeramente en los últimos cinco años[14]. Así, los ingresos que reciben las mujeres de estas generaciones en la vejez dependen mucho de los de sus maridos –en caso de que los tengan-, con lo que la suma entre ambas pensiones en común o la existencia de una pensión de viudedad son elementos clave en su nivel adquisitivo. En las pensiones femeninas más bajas con frecuencia sólo esta suma de ingresos, la propiedad de la vivienda o la convivencia con familiares permite una cierta calidad de vida.

Finalmente, las redes familiares de las personas mayores son su tercer pilar a la hora de afrontar el envejecimiento. En el Estado español en 2010 el 86,7% de la población consideraba que la familia es muy importante, y en el caso de las personas mayores este porcentaje aumenta incluso hasta el 87,8%, con una valoración de 9,6 sobre 10 [15]. Esta valoración tan positiva se corresponde también con una notable frecuencia en la relación de las personas mayores con sus redes familiares. El 30% de las personas de 65 años o más, por ejemplo, se

[14]De hecho, algunas autoras subrayan que esta brecha persiste incluso en las generaciones que hoy cuentan entre 40 años y 50 años y que tienen una participación aún más intensa en el mercado laboral formal a lo largo de su toda su vida (véase Cebrián y Moreno, 2013).
[15]Barómetro CIS setiembre de. 2010, estudio 2844. Otras fuentes que comparan este dato a nivel mundial aportan datos similares: el 99% de la población española lo considera importante o muy importante (89,1% muy importante y 9,9% importante). Datos de la World Values Survey, 2007. Consulta noviembre 2013.

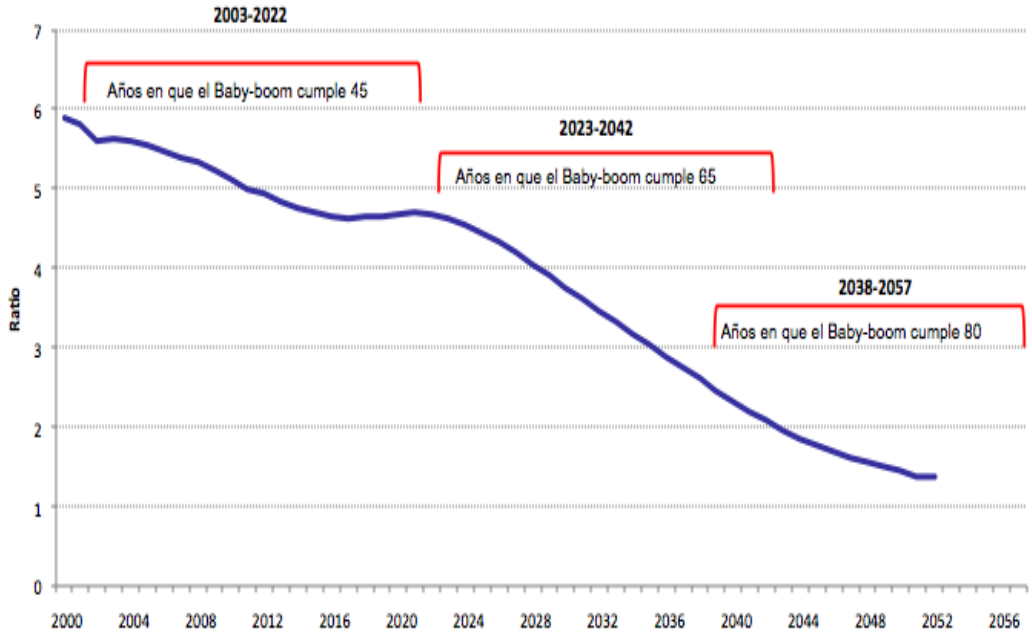
reúnen diariamente con familiares con los que no conviven, y otro 34,6% lo hace semanalmente. Así, de forma acumulada un 75,8% de este colectivo ve a familiares por lo menos varias veces al mes[16]. En cuanto a los modelos de convivencia, datos del año 2006[17] nos indican que mayoritariamente las personas mayores viven en pareja (41,8%), y en hogares multigeneracionales (30'6%, de los que un 25'6% se ubican en casa de estas personas mayores y el otro 5% en casa de los hijos/as), mientras que el porcentaje de los que viven solos -que ha ido aumentando progresivamente en las últimas décadas- es de un 21,4 %.

En conjunto, pues, las redes familiares son un elemento clave en la vida diaria de las personas mayores. Es más, nuestro trabajo de campo nos muestra que estas redes tienen un papel central cuando piensan en sus expectativas de futuro: todos esperan que la familia se haga cargo de ellos y ellas en caso de que sea necesario. Este resultado coincide con los datos del CIS para el año 2010, que indican que la confianza de las personas mayores de 65 años en la familia a la hora de ofrecer ayuda en caso de necesidad es de media notablemente alta: un 8,72 sobre 10. Más allá de esta expectativa, de las entrevistas extraemos también que en la práctica totalidad de los casos efectivamente estas redes están muy presentes y se activan para ofrecer la cobertura que se requiere en los momentos de necesidad.

Con el aumento de la esperanza de vida se produce también una tendencia a la verticalización de la familia (IMSERSO, 2011): cada vez más, las redes familiares se componen de tres o cuatro generaciones, lo que se produce de forma paralela a la creciente asunción de roles y responsabilidades de los adultos mayores en las familias de sus hijos e hijas, en especial como veremos en el cuidado de los nietos[18]. Así, hasta el momento, el cambio demográfico ha llevado a la creación de pequeñas redes de varias generaciones, mediante las cuales se da respuesta a las necesidades de sus miembros. Sin embargo, la transformación de las redes familiares a lo largo de las últimas décadas también ha llevado a que las nuevas formas familiares tengan en general un menor potencial para cuidar. Ha ido disminuyendo el número de hijos/as, lo cual, sumado al progresivo envejecimiento de las cohortes del *baby boom* español (1958-1977), las más numerosas de la historia, requerirá de nuevas soluciones que vayan más allá de la familia. En la siguiente figura se muestra gráficamente esta transformación.

[16] Datos para 2006 de la Encuesta de condiciones de vida, módulo de participación social.
[17] Encuesta de condiciones de vida de las personas mayores, citado en Lorenzo y Sancho (2012).
[18] Para un análisis en mayor profundidad sobre estos cambios véase Pérez Díaz (2004).

Gráfico 5. Ratio de apoyo familiar. España, 2000 – 2052 (Personas de 45-64 años – principal perfil del cuidador/a- respecto de las de 80 y más).



Fuente: Abellán y Pujol (2013), a partir de datos del Instituto Nacional de Estadística.

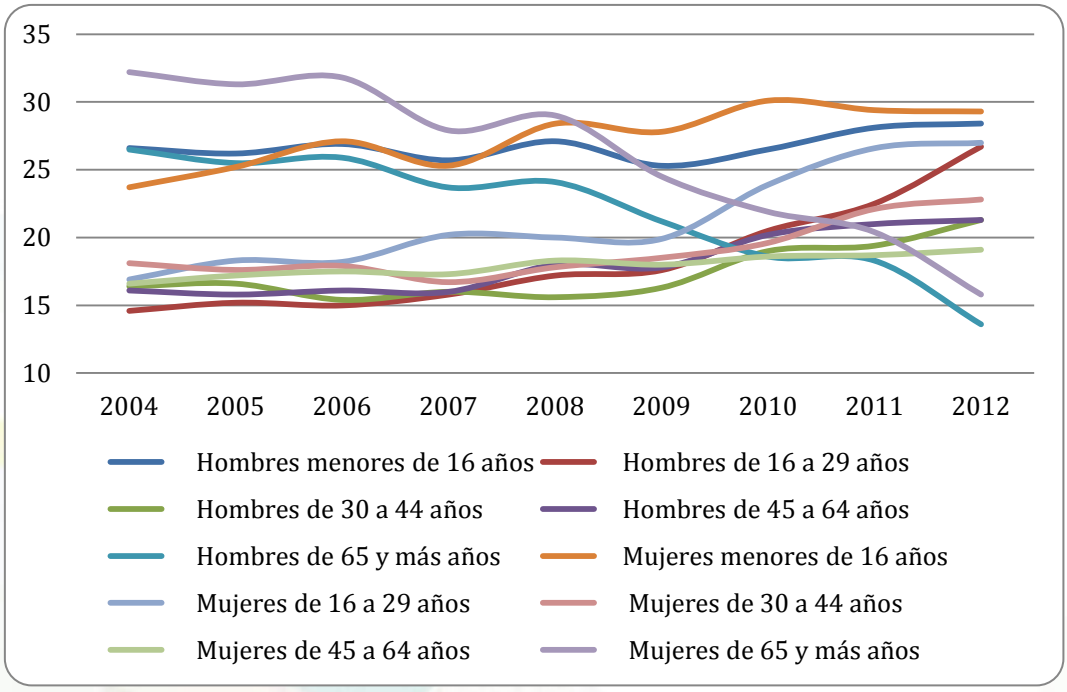
No obstante, la disminución del potencial de cuidado de las familias no es una cuestión únicamente cuantitativa, dado que también la respuesta tradicional a la necesidad de cuidados de larga duración –la implicación de las hijas y nueras- es cada vez menos factible. Ha aumentado progresivamente la participación laboral de las mujeres, no sólo porque éstas han mostrado una voluntad sostenida de permanecer en el mundo laboral, sino también por la creciente necesidad de las economías familiares de contar con dos fuentes de ingresos. A su vez, las mujeres están reclamando en mayor medida la igualdad en los comportamientos familiares. Con la crisis actual, por otro lado, se ha bloqueado la senda de creación de servicios públicos de atención que se había desarrollado en los últimos años, con lo que el Estado está devolviendo a la familia responsabilidades que había empezado a asumir, resultando en un proceso que algunas autoras denominan la rehogarización de la responsabilidad del cuidado (véase Ezquerra 2012; Pérez Orozco, 2012). En sus relatos, las personas entrevistadas manifiestan ser conscientes de esta situación, y aluden tanto a la incertidumbre que esta situación les genera a la hora de prever quién va a cuidarles cuando lo requieran, como a la esperanza de que finalmente alguno de sus familiares asuma esta tarea.

Para finalizar con este apartado sólo nos resta mencionar que aunque se han analizado cuatro trayectorias de personas mayores de origen extranjero, no contamos con suficiente información como para valorar adecuadamente con qué recursos cuenta este colectivo creciente a la hora de afrontar el proceso de envejecimiento. Esta es una cuestión que a nuestro parecer merecería ciertamente una investigación en profundidad específicamente orientada a captar cuáles son los principales retos a los que se enfrentan.

3. Los impactos de la crisis en las personas mayores

Durante el último periodo de crecimiento económico del país, la situación económica de las personas mayores, aunque estable, les situaba como grupo por debajo de los niveles adquisitivos medios de la población[19]. Como vemos en el siguiente gráfico, con la entrada de la crisis económica el año 2008 esta situación se invierte: mientras en el 2006 la tasa de riesgo de pobreza de las personas mayores era la más alta de todos los grupos de edad (el 31,8% en las mujeres y el 25,9% en los hombres), seis años después el riesgo de pobreza de las personas mayores es el menor de todos.

Gráfico 6. Evolución de la tasa de riesgo de pobreza por sexo y edad, 2004-2012, %



Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta de Condiciones de Vida, consultada en noviembre 2013

[19] En este trabajo el análisis sólo ha abarcado el periodo inmediatamente anterior a la crisis actual. Para un análisis más detallado de la evolución de la situación económica de las personas mayores con una perspectiva temporal más amplia, ver por ejemplo Rodríguez (2011), donde se examinan datos referentes no sólo a la renta sino también a las pensiones, el consumo, y la pobreza a partir de las diversas fuentes estadísticas existentes. En ese trabajo se sostiene que en las últimas décadas se ha producido una importante mejoría económica y a la vez una notable reducción de la distancia de las personas mayores respecto a otros grupos de edad, debido especialmente a la expansión de los mecanismos de garantía de rentas y en concreto a la universalización de las pensiones del sistema de Seguridad Social, la implantación de las pensiones no contributivas y el aumento progresivo de las cuantías de las pensiones mínimas. Sin embargo, desde mediados de los años noventa se produce un punto de inflexión en el modelo de distribución de la renta, pasando de un modelo de reducción continuada de la desigualdad a uno en el que hay mayores dificultades para rebajarla. En el grupo específico de las personas mayores, también a partir de esta fecha repunta su vulnerabilidad y vuelve a crecer la desigualdad interna. Como vemos en este artículo, en términos relativos la crisis actual ha vuelto a cambiar esta tendencia, situando a las personas mayores en una mejor posición debido al fuerte impacto de ésta en la población activa.

Como se ha apuntado anteriormente, aunque en los últimos años la renta anual neta media de las personas mayores ha aumentado, esta inversión de la tendencia se debe fundamentalmente a que se ha producido un empobrecimiento general del resto de grupos de edad[20], vinculado directamente al aumento de la tasa de desempleo que ha pasado del 11,3% el tercer trimestre de 2008 al 25,98% en el tercer trimestre del 2013. Este aumento tan brusco del desempleo ha impactado no sólo en las personas directamente afectadas sino también en sus redes familiares. De esta forma, las estrategias de sustento monetario y de sostenibilidad de la vida dentro del ámbito familiar se han modificado, lo que ha generado efectos muy relevantes sobre las personas mayores. Este apartado se dedicará justamente a caracterizar estos efectos.

Del análisis de las 49 entrevistas realizadas se ha podido identificar que la crisis ha impactado significativamente en las vidas de 15 de estas personas, si bien de forma diversa y, además, con una intensidad variable según su situación actual, la de sus redes familiares y su trayectoria social, económica o familiar a lo largo de la vida.

A grandes rasgos diferenciamos entre a) los impactos que afectan *directamente* a las personas mayores, ya sea porque han sufrido un empobrecimiento a raíz del estallido de la burbuja crediticia e inmobiliaria, ya sea porque las políticas públicas implementadas para afrontar la crisis han menoscabado su capacidad de acceso a los derechos y servicios públicos; y b) los impactos que les afectan *indirectamente*, en la medida que estas personas mayores hacen frente a los efectos de la crisis en su red familiar más próxima proporcionando apoyo, ya sea de tipo económico, de cuidados o acogiéndoles en su vivienda.

Es importante apuntar que la diferenciación entre impactos directos e indirectos no pretende sugerir que unos sean más o menos intensos que otros ni que no se puedan dar de manera simultánea. Se trata únicamente de una tipología dirigida a sistematizar y ordenar los cambios y transformaciones que se están produciendo. De hecho, la intensidad con la que estas cuestiones inciden en la vida de las personas mayores dependerá de una gran diversidad de elementos que en las próximas páginas desarrollaremos.

– ***Los impactos directos de la crisis***

En nuestro trabajo de campo, las personas que se han visto afectadas con fuerza y de forma directa por la crisis lo han sido fundamentalmente debido a su endeudamiento y a su relación con el sistema financiero. Encontramos a dos personas que han acumulado un volumen importante de deuda por la compra de su vivienda habitual o por el fracaso de inversiones realizadas anteriormente. En el momento actual, ambas tienen deudas significativas que necesitarían de mayores ingresos para poder enjugar. Se trata por un lado de un hombre de 64 años que convive con su mujer, y también con una hija y dos nietos acogidos a raíz de la crisis. Debe hacer frente a una hipoteca cuantiosa de su vivienda actual; una hipoteca que de hecho contrató en el periodo pre crisis con la intención de ayudar a esta hija a tener casa propia. A la vez, debe sostener económicamente a su familia, en un momento en que su proyecto profesional también se ha trucando y se encuentra sin empleo desde hace un tiempo. Con una trayectoria laboral exitosa durante toda su vida, ha optado por montar una empresa con otros socios para remontar esta situación, pero hasta el momento no ha conseguido generar los ingresos necesarios. Aun así, cuenta con unos ciertos ahorros que le están permitiendo salir adelante. Esta experiencia nos sirve para subrayar que aunque las personas mayores no sean

[20]En este punto es relevante recordar que la tasa de riesgo de pobreza es un indicador relativo: mide los ingresos de un grupo con relación al conjunto de los ingresos. En momentos de reducción generalizada de los mismos como el actual, por lo tanto, en términos absolutos el umbral que define la pobreza también disminuye. Esto afecta especialmente a los grupos con ingresos bajos y cercanos a este umbral de pobreza, los cuales son muy sensibles a variaciones en la cuantía de este umbral. Este sería el caso de muchas personas mayores, y en especial de las mujeres mayores.

los principales afectados en la crisis hipotecaria actual, los escasos datos existentes apuntan a que tampoco se puede obviar su impacto. Así, en un reciente informe sobre las personas afectadas por hipotecas se señala que el 31,6% de las personas encuestadas declararon tener una o más personas mayores de 65 años a su cargo (PAH y DESC, 2013). En las familias ya desalojadas o en proceso de ejecución hipotecaria este porcentaje sube hasta casi la mitad de los hogares afectados. Aunque no se ha podido acceder a datos específicos sobre personas mayores que se ven afectadas como avalistas, se estima que también se trata de un porcentaje significativo[21].

En el otro caso, en cambio, se trata de un empresario del sector de la hostelería que invirtió, aunque sin éxito, en la costa mediterránea en el momento del *boom* de la construcción con la motivación de aumentar sus ingresos en la jubilación: "*desde hace diez años yo me vine a construir, tenía unas parcelas y me puse a construir, me cogió la crisis, me dejó totalmente* [suspiro] *prácticamente en la ruina, que ni para comer*". Actualmente, a sus 85 años, cuenta con su pensión de 638 euros para, además de mantenerse, hacer frente a deudas derivadas de impuestos y del coste de las obras. Se ha quedado con la propiedad del suelo y de algunas viviendas que le siguen generando gastos pero que en este momento no puede vender. Esto, junto con la separación de su mujer y un distanciamiento con sus hijos, le ha conducido a una situación de empobrecimiento altísimo y a unas condiciones de vida paupérrimas, que por lo demás se ven agravadas por problemas de salud. Como estrategia de supervivencia se ha trasladado a una de sus casas inacabadas a 450 kilómetros de su ciudad de procedencia, que obviamente tiene deficientes condiciones de habitabilidad: "*ahora mismo estoy pintando una habitación, la mía, que tenía muchas goteras, y ya poco a poco me lo voy haciendo yo. Cuando ya no puedo más paro*".

Finalmente, no podemos dejar de mencionar la cuestión de las emisiones de participaciones preferentes, que como se sabe ha afectado de forma especialmente relevante a la población de personas mayores: según un informe de abril de 2013 de la Organización de Consumidores y Usuarios, el 80% de los afectados tiene más de 65 años[22]. De hecho, una de las personas entrevistadas perdió parte de sus ahorros por este problema, si bien puntualiza que en su caso por el momento esto no le perjudicado en su calidad de vida.

Más allá de estos efectos directos de la crisis sobre personas mayores concretas, de forma más generalizada el conjunto de esta población se está viendo también afectada, en la medida que la actual situación económica está conduciendo a políticas de austeridad y ajuste en los distintos niveles de gobierno. En particular, a las personas mayores les afectan directamente los cambios en la política sanitaria y en atención a la dependencia, la congelación de las pensiones e incluso los aumentos en tasas e impuestos debido a que la mayor parte de los pensionistas tienen bajos ingresos. Por ejemplo, según la Encuesta de Condiciones de Vida, el porcentaje de personas mayores de 65 años que no puede permitirse mantener su vivienda a una temperatura adecuada, lo que se conoce como pobreza energética, ha pasado de ser de un 5,9% en el 2008 a un 8,6% en el 2012 y el porcentaje de las que no pueden afrontar gastos imprevistos ha crecido 10 puntos en el mismo periodo: de un 31,8% a un 41,2%.

No vamos a entrar en muchos detalles sobre los ajustes producidos en las políticas sociales pero sí consideramos necesario mencionar algunas cuestiones. En el ámbito de la Ley de atención a las personas en situación de dependencia, por ejemplo, se han introducido diversas modificaciones que llevan a empeorar y encarecer los cuidados: la implementación de sistemas de copago que pueden llegar a cubrir hasta el 90% del valor de la prestación (excepto para las rentas muy bajas que no superen los 532 euros al mes), la suspensión de la incorporación de

[21] Esta misma fuente incide en que la mayoría de los avalistas (un 65%) eran padres o hijos del titular de la hipoteca, pero no desagrega entre estas dos categorías, lo que hubiera podido ofrecer una cierta aproximación a esta cuestión.

[22] Véase Europa Press "La OCU calcula que ocho de cada 10 afectados por las preferentes son jubilados", publicado en ElMundo.es el 03/04/2013, http://www.elmundo.es/elmundo/2013/04/03/economia/1365002998.html, consulta noviembre 2013.

las personas en situación de dependencia moderada hasta el año 2015, la reducción del importe de las prestaciones por cuidados en el entorno familiar un 15%, o la eliminación de la cotización a la Seguridad Social de las personas cuidadoras no profesionales. En el campo sanitario, medidas como la introducción del copago sanitario en diferentes aspectos (prótesis ambulatorias como muletas, sillas de ruedas o férulas, transporte sanitario no urgente, algunos medicamentos, etc.) también pueden afectar a la calidad de vida de este grupo de edad (véase Federación de Pensionistas y Jubilados de CCOO, 2013). En este punto el relato de una de las personas entrevistadas, de 64 años, origen colombiano y que no ha podido regularizar su situación administrativa, nos remite a la dureza que puede llegar a generar la exclusión del sistema sanitario a estas edades en las que aparecen problemas de salud con mayor frecuencia. Esta persona sufre problemas de próstata y diabetes y pese a que hace poco estaba en lista de espera para la operación que necesitaba, tras la aprobación en 2012 por parte del gobierno del Partido Popular del Real Decreto-Ley 16/2012 que excluye a las personas extranjeras en situación irregular del Sistema Nacional de Salud, se queda sin acceso a la misma.

– ***Los impactos indirectos***

Provisión de recursos económicos

De las narraciones de las personas mayores entrevistadas se desprende que en muchos casos se han convertido en un pilar clave para amortiguar en cierta medida las dificultades económicas de otros miembros más jóvenes de la familia, gracias a su situación de mayor estabilidad en el ámbito de los ingresos y de la vivienda. En concreto, nueve de estas personas ayudan económicamente a sus familiares, fundamentalmente a sus hijos o hijas –en ocasiones a más de uno-, aunque a veces su ayuda abarca incluso a nietos, yernos o sobrinos.

Se proporciona dinero directamente transfiriendo una parte de sus pensiones para gastos cotidianos, o para poder pagar la hipoteca u otros gastos vinculados con la vivienda. En otras ocasiones lo que se hace es asumir algunos pagos concretos, como los estudios de hijos o nietos, o el coste de actividades extraescolares, ropa, comida u otros gastos complementarios. Se trata por lo general de ayudas de cuantía reducida o moderada, aunque con un carácter bastante regular. Como estamos hablando de personas que en su mayor parte gozan de un nivel de ingresos bajo o medio, es importante subrayar el impacto que pueden tener estas cuantías en su capacidad adquisitiva. A pesar de ello, todas estas personas han optado por ayudar a sus familiares, realizando esfuerzos a partir de reducir sus gastos, ahorrando al máximo y dejando de lado actividades que anteriormente realizaban y que implican un cierto coste.

Es importante señalar que se trata de generaciones con unos recorridos vitales donde el ahorro y el trabajo intenso para hacer frente a situaciones económicas adversas han estado muy presentes. Por ello se percibe una continuidad en este ámbito, muy especialmente en las personas más mayores, que cuentan con una cultura del consumo notablemente austera. En sus narraciones también se incide en el hecho que los gastos cotidianos en la vejez son menores y que por tanto, siempre y cuando no se produzcan necesidades intensas o continuadas de cuidado, su capacidad de ahorro es mayor.

De esta forma, por lo general en sus relatos se sugiere que dichas ayudas se pueden sostener y que por el momento no suponen un impacto excesivamente negativo en su vida cotidiana. Es en los casos en los que se produce una acumulación de las ayudas a distintas personas en el mismo momento, o bien cuando no sólo se provee de ayuda económica sino que a ésta también se añaden otras formas de ayuda (como el reagrupamiento familiar o la implicación en los cuidados), cuando este rol de provisión económica afecta más intensa y negativamente a las personas mayores, como desarrollaremos posteriormente.

En casi ningún caso se expresan conflictos con sus hijos/as o críticas a su proceder, ni rencores o desesperanza, sino que más bien lo que aparece es un discurso muy solidario y consciente de las dificultades existentes, así como una gran responsabilidad para con las redes familiares. Estas personas contribuyen al bienestar de su familia en la medida que pueden, aunque esta ayuda sea limitada. Sienten que la crisis "no es suya", que no les afecta directamente, y a la vez se preguntan qué pueden hacer ellos para contribuir, por lo que ayudan en función de sus posibilidades. Sólo en uno de los casos se establecen algunas condiciones y límites a la ayuda proporcionada, y justamente coincide con una trayectoria en la que se produce una acumulación de responsabilidades: se trata de un hombre mayor, con una situación económica media, pero que recibe múltiples demandas de apoyo económico. Está ayudando a sus 4 hijos/as de forma más o menos continua, y además puntualmente incluso con cantidades significativas. Asume también una importante responsabilidad cotidiana en la crianza de sus nietos y a la vez está cuidando a su mujer que sufre un deterioro cognitivo, lo que le produce una gran angustia. Por ello, insiste en que determinadas ayudas las proporciona en forma de préstamo, aunque asumiendo el riesgo de que nunca se lo puedan devolver:

> *Pero también te digo una cosa, yo no quiero que piensen que ya está el asunto dado. Yo le dije a mi hija que yo no se lo iba a pedir pero que sepa que me lo debe. Porque hay uno que me debe 2.500, otro 3.000 y así van todos. (Hombre, 80 años).*

En la mayor parte de los casos esta ayuda se realiza para compensar una situación de desempleo. Recordemos que las tasas de desempleo se han más que duplicado desde 2008, llegando al 26% de la población en general y a un 54,39% entre las personas menores de 25 años[23]. Así, la drástica reducción de los ingresos salariales como consecuencia del incremento del paro, su cronificación en forma de desempleo de larga duración y el agotamiento progresivo de las prestaciones sociales existentes, han hecho que los ingresos provenientes de las pensiones hayan cobrado un mayor protagonismo en las economías familiares. No obstante, es importante destacar cómo también aparecen otro tipo de situaciones en las que los hijos e hijas, pese a tener empleo, no pueden hacer frente a todos sus gastos: en un caso se requiere de ayuda para poder costear gastos relacionados con la vivienda (como los de la comunidad de propietarios), mientras en otro caso se da respuesta a una situación de necesidad vinculada a un proceso de separación o divorcio (de una hija con menores a cargo).

En sus relatos este tipo de ayuda no se ve como algo excepcional o novedoso sino que se enmarca en unos patrones de solidaridad familiar estables a lo largo de la vida, en los que las personas mayores proporcionan y a la vez reciben ayuda en distintos momentos. Son personas que han construido una relación cercana con su red familiar, con la que tienen un contacto frecuente, y a la que también con anterioridad han proporcionado ayuda de diferentes maneras. La crisis, no obstante, lleva a un aumento de la frecuencia y la intensidad con la que se producen dichas ayudas: para 2010, la Encuesta sobre personas mayores ya mostraba cómo casi una cuarta parte (23,8%) de los mayores de 65 años ayudaba en ese momento económicamente a algún miembro de la familia, fundamentalmente a sus hijos e hijas [24].

En este sentido es destacable que aunque en este apartado nos hemos enfocado a explorar las situaciones en las que las personas mayores entrevistadas han aumentado su papel en el sostenimiento de la economía familiar a raíz de la crisis actual, estos patrones de solidaridad familiar aparecen incluso en las personas a las que la crisis no les ha afectado de forma significativa. En la medida que ha podido la mayor parte de las personas entrevistadas han ayudado económicamente a sus hijos/as y a otros familiares a lo largo de su vida. No sólo han invertido en su educación sino también en otros aspectos más concretos: ayudas para comprar sus viviendas, préstamos puntuales, regalos que se hacen a hijos/as o nietos/as, etc. Algunas

[23] Datos de la Encuesta de Población Activa, Tercer Trimestre 2013. Instituto Nacional de Estadística.
[24] Encuesta de Personas Mayores, 2010, IMSERSO. Pregunta 35. "En este momento, ¿ayuda vd económicamente a algún miembro de su familia?"

de estas personas incluso mencionan que siguen trabajando de forma puntual justamente para poder costear este tipo de ayudas o regalos a su familia.

Cambios en el modelo de convivencia familiar

Otra de las formas de proporcionar apoyo por parte de las personas mayores es acoger a hijos y/o nietos en su casa para que éstos puedan superar una situación de desempleo o precariedad[25]. Esto normalmente implica un apoyo de mayor intensidad ya que modifica la vida cotidiana en mayor medida que la mera ayuda económica. Sin embargo, el análisis realizado nos muestra cómo estos procesos de reagrupamiento familiar pueden incidir de forma diferente en la vida de las personas mayores, en función de a quién se acoge y de si además se produce una sobrecarga y/o se acumulan impactos en otros niveles. En este apartado presentamos algunas reflexiones que nos permitirán conocer mejor esta situación emergente.

Once de entre todas las personas entrevistadas conviven en este momento con sus hijos o hijas (en casa de estas personas mayores), aunque esto no significa que en todos estos casos esta convivencia se dé para hacer frente a la crisis actual. Con frecuencia es una respuesta temporal o permanente a situaciones concretas: procesos de separación de los hijos e hijas, problemas de salud de hijos o padres, o momentos de embarazo y postparto, por ejemplo. También encontramos situaciones en las que los hijos permanecen en el domicilio familiar porque aún no se han emancipado, o simplemente en las que la convivencia parece responder a una cuestión de elección personal por ambas partes. En este sentido, igual que en el caso de la provisión de ayuda económica, la crisis si acaso lo que hace es intensificar unos patrones de solidaridad que ya existían previamente para dar apoyo en momentos concretos de vulnerabilidad personal[26].

Sin embargo, cuatro de las personas entrevistadas sí que explicitan que han optado por esta solución para hacer frente al impacto de la crisis económica actual. De sus relatos emergen dos elementos a tener en cuenta en relación a cómo este reagrupamiento familiar impacta en su vida de las personas mayores.

En primer lugar, hay que resaltar las muy diferentes implicaciones que tiene acoger a un hijo/a adulto (o a más de uno, aunque no nos hemos encontrado con este caso) de cuando además se acogen a los nietos y nietas, especialmente si éstos son de corta edad. En esta investigación encontramos dos casos en los que se acoge a hijos adultos y otros dos en los que se reagrupa a las familias de sus hijas, con lo que a la mera convivencia se suma una notable carga de cuidado de los nietos/as. Por otro lado, aunque no se dé la presencia de menores, la edad de los hijos también es relevante: a nivel emocional, subjetivo e incluso práctico, está claro que para el hijo/a -y por extensión para la convivencia familiar- no es lo mismo volver a la casa familiar cuando se tienen 50 años que cuando se está en la veintena, dado que en este último caso no se produce una ruptura tan importante de la trayectoria.

En segundo lugar, el impacto de este reagrupamiento familiar en la vida de las personas mayores también depende de hasta qué punto cuentan con un cierta malla de seguridad a su alrededor, y de cómo se presenten las expectativas de futuro y las posibilidades de revertir esta

[25]En este análisis nos hemos centrado en las situaciones identificadas en el trabajo de campo –que además parecen ser las más frecuentes-, es decir, los casos en los que las personas mayores acogen a sus descendientes en su casa. No se han incorporado otros tipos de reagrupamiento familiar posibles que afectan a las personas mayores. En concreto, en el marco del proyecto de investigación más amplio en el que se inscribe este análisis, los *policymakers* entrevistados han señalado otra tendencia relevante que no hemos podido explorar: las personas mayores que vivían en residencias y que han vuelto al domicilio de los hijos e hijas porque las familias ya no pueden costear este tipo de servicios, o con el propósito de ahorrar aprovechando que el desempleo permite una mayor disponibilidad para el cuidado.

[26]Los estudios más recientes de Cáritas sobre los impactos de la crisis, por ejemplo, apuntan a la creciente importancia de la familia como fuente de apoyo en situaciones de dificultad económica así como a indicios de cierto agotamiento de dicha fuente (véase Equipo de Estudios Cáritas Española 2012, 2013).

situación. Desde nuestro punto de vista estos aspectos van a determinar en buena medida las posibilidades de sostener el reagrupamiento y/o el coste que éste llegue a tener para los mayores.

En este sentido, uno de los casos analizados destaca por su dureza y por la desesperanza que se extrae de su relato. Se trata de una mujer viuda de 85 años, analfabeta, con una infancia muy dura y un origen muy humilde, que trabajó en limpieza durante toda su vida y en la edad adulta realizó un proceso de migración interna. Cuenta con una pensión de viudedad agraria muy baja y tiene actualmente 6 hijos en el paro. Cocina para sus hijos e hijas cada día y ha acogido a uno de ellos en su casa, de 53 años, el cual ya ha agotado la prestación de desempleo y ahora recibe la ayuda extraordinaria de 400 euros. Aunque la mujer tiene la vivienda en propiedad, destaca la gran precariedad económica en la que vive y la saturación de sus redes familiares, que aunque son fuertes y solidarias, se han visto afectadas de forma tan intensa por la crisis que han perdido su capacidad de dar apoyo. Se trata de un perfil de personas que si bien a lo largo de su vida consiguieron una notable mejora en sus condiciones de vida, no han podido consolidarla, y muestran la rapidez con que se puede perder este ascenso social. En este momento se encuentran en una situación tremendamente vulnerable, y su relato destaca por su crudeza y por la falta de salidas que percibe. Da cuenta del papel clave que tienen los ingresos de las personas mayores, aunque sean mínimos, en contextos de gran vulnerabilidad y escasez de recursos. Su narración muestra la angustia por cómo van a arreglarse a corto plazo cuando se acabe la prestación que recibe el hijo y a largo plazo la gran incertidumbre que le genera pensar en cómo éste va a poder subsistir cuando ella ya no esté y por lo tanto no cuente con una fuente de ingresos estable como es la pensión que pueda cubrir por lo menos parte de la alimentación o los gastos.

> *P: Aquí les ha ido bien…*
>
> *R: Sí, hasta ahora sí, que ahora los tengo todos en el paro y… lo que yo cobro podría estar más "estirazaita" y no estoy, ¿me entiendes?*
>
> *P: ¿usted les ayuda también?*
>
> *R: Claro, qué voy a hacer, si los he criado, no voy a dejar de hacerlo ahora… Hasta que me muera. Me da a mí que yo me muera y no vea esto arreglado. He pasado una, bueno, ahora no es una guerra, pero… Si no hay trabajo ¿qué? Esto lo sabes tú porque lo sabe todo el mundo…Si echan gente a la calle y todo a la calle… ¿dónde vamos a llegar? Y se ha matado gente que –sentadita en mi casa lo veo- se han matado porque veían que les iban a tirar, como no podían pagar… (Mujer, 85 años)*

En los otros casos identificados la situación parece más sostenible y temporal, aunque no por eso deja de tener impactos significativos en la vida de estas personas mayores. En uno de ellos, encontramos una pareja que convive con su hijo de 27 años, el cual consigue algunos trabajos esporádicos para poder pagarse sus gastos y mientras tanto se está formando. Éste sería el caso donde la opción por el reagrupamiento desestructura menos el *modus vivendi* de las personas mayores que reagrupan.

Por otro lado, encontramos dos situaciones en las que personas mayores jóvenes –en la sesentena- que viven en pareja acogen a sus hijas con su familia monomarental, ambas en el paro, con hipotecas pendientes y con un hijo o hijos pequeños. En un caso se trata de una hija que ya ha agotado la prestación extraordinaria de desempleo y cuenta con una vivienda de protección oficial en la que sin embargo no puede vivir ya que no puede asumir los gastos diarios. Por ello, la convivencia con los padres le sirve para ahorrar y así poder continuar pagando la hipoteca. El padre, de 67 años y origen humilde, con una enfermedad pulmonar crónica y una pensión de invalidez permanente, cuida de forma cotidiana a su nieto, se encarga de buena parte de las tareas domésticas y además atiende a su mujer, quien tiene problemas de salud. Finalmente, encontramos otra familia mucho más acomodada pero que sin embargo

han sufrido un proceso de empobrecimiento muy significativo a raíz de la crisis: el padre, de 64 años y con una exitosa trayectoria laboral a lo largo de su vida, está ahora en el paro e iniciando nuevos proyectos para poder tirar adelante a la familia extensa, que ahora depende de él. Han acogido a su hija y sus dos nietas, y tienen pendiente parte de la hipoteca de su vivienda actual que no sabe si podrá sostener. En esta persona, de hecho, se acumulan todos los tipos de impactos de la crisis que se identifican en este trabajo, tanto directos, como indirectos.

Estas dos situaciones de reagrupaciones con hijas y nietos/as permiten plantear algunas reflexiones. Para empezar, nos muestran la enorme vulnerabilidad de las familias monoparentales en general y de las monomarentales en particular. Los hogares de una persona con uno o más hijos dependientes son, de hecho, desde hace años los que concentran una mayor tasa de riesgo de pobreza (36,9%) y una mayor dificultad para llegar a fin de mes (49,3%) [27], lo que supone 19,1 y 16,7 puntos porcentuales por encima de la media de hogares, respectivamente.

Por otro lado, es destacable como en las dos narrativas la vivencia del reagrupamiento familiar es similar pese a las diferencias existentes en la clase social en la que se producen estas experiencias[28]. Gracias a que se cuenta con un mínimo de recursos y de estabilidad, se considera que es una situación que se puede sostener, que se vive desde la responsabilidad hacia los hijos y la familia, y de la que incluso se disfruta por lo que genera de cercanía, en especial con los nietos. No se relata como una situación dramática y se percibe como temporal –aunque indefinida-, mostrando pues la apertura de las personas mayores a tener un rol facilitador para ayudar a pasar estos momentos difíciles.

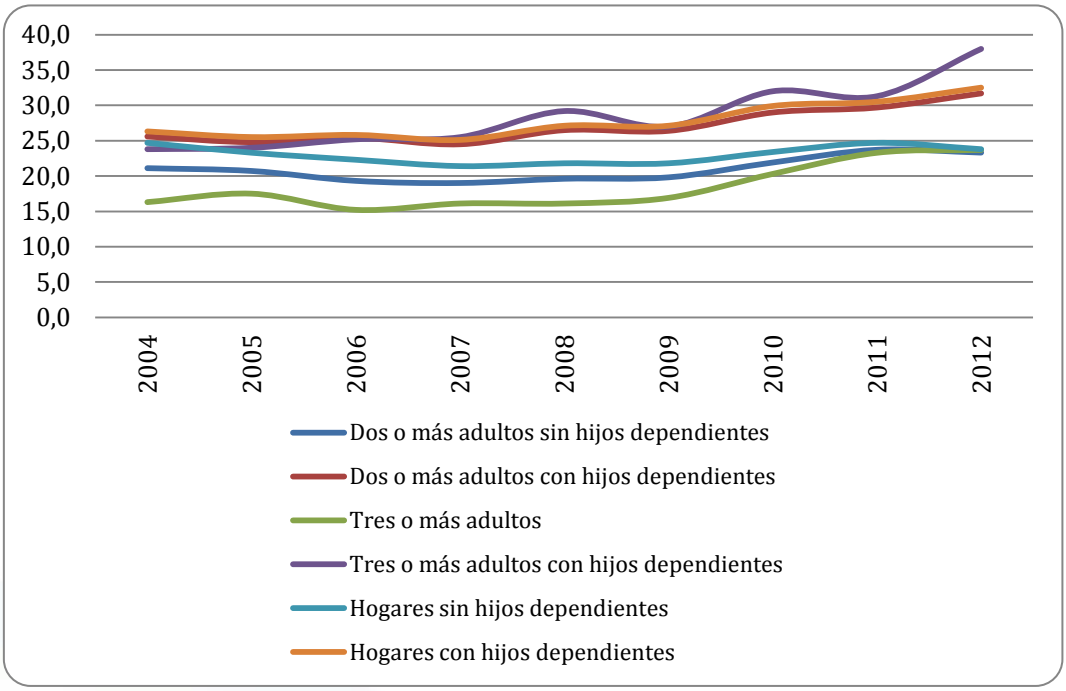
> *R: Lo que durará o no durará pues no lo sé. O sea, eso depende, ¿no? Nuestras nietas van creciendo y… bueno, yo creo que es lo mejor que hemos sido capaces de hacer entre todos.*
>
> *P: ¿Y te gusta convivir con… ver a tus nietas cada día?*
>
> *R: A mí sí. Me gusta mucho. Me gusta mucho. Me gusta mucho. (…). Eso a mí, pues claro, me hace un poco complicada la vida en el sentido… Pero claro, esto cuando lo ves así dices: oh, es todo tan diferente. Pero no sé, no es tan diferente. O sea, mi abuela tuvo que cuidar a una cantidad de gente que no era su… Cuidaba a los suyos, a los amigos de los suyos, para arriba, para abajo, se hacía cargo de los nietos, no sé… Que no es tan excepcional. (Hombre, 64 años).*

Por lo pronto, los datos estadísticos a los que se ha podido acceder, aunque imprecisos, sí que nos podrían dar indicios sobre el aumento del riesgo de pobreza en los hogares con este tipo de arreglos. En el siguiente gráfico, por ejemplo, se ve claramente cómo los hogares con menores a cargo son los que más ven aumentar este indicador, ya sean monoparentales o bien los que incluyen a dos o más adultos u "otras situaciones". Buena parte de los hogares reagrupados a los que nos estamos refiriendo entrarían en estas dos últimas categorías.

[27] Incluye la respuestas "Mucha dificultad" y "Dificultad". Si además le sumamos "Cierta dificultad" se llega hasta el 77% de este tipo de hogares. Datos de la Encuesta de Condiciones de Vida 2012.

[28] Estas diferencias lógicamente pueden ser muy relevantes en cuanto a las expectativas de encontrar trabajo de las hijas, a la posibilidad de recurrir a ahorros o a una red familiar con mayor potencial de apoyo económico, y también en relación a la calidad de la convivencia, ya que las condiciones y tamaño de las respectivas viviendas puede ser una variable relevante en ésta.

Gráfico 7. Personas en riesgo de pobreza o exclusión social por tipo de hogar. 2004-2012, %.



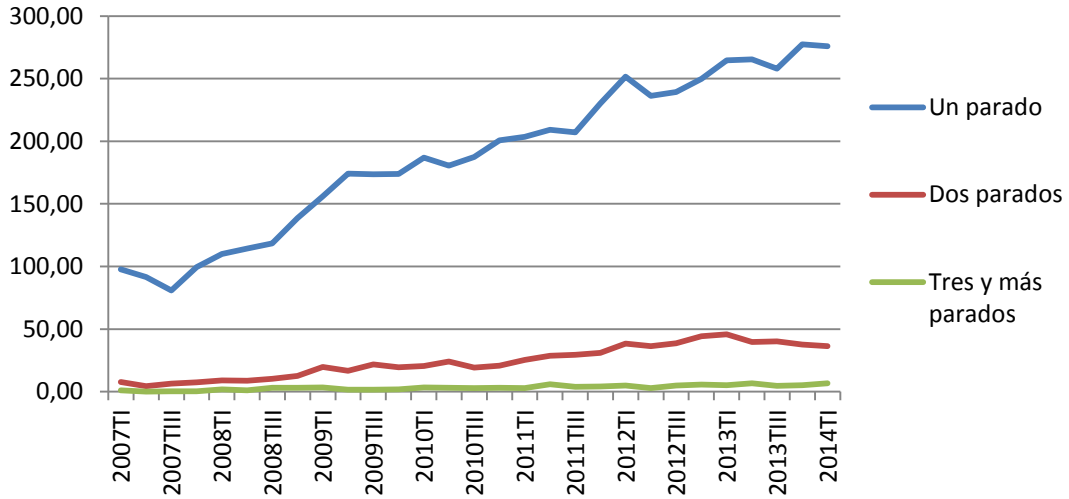
Fuente: Elaboración propia a partir de datos del Eurostat, consultado diciembre 2013

Por lo demás, en sus relatos no se hace referencia a la existencia de conflictos relevantes debido a estas nuevas situaciones de convivencia, un elemento que en cambio sí ha sido destacado en otras investigaciones que abordan esta cuestión (Martínez y García, 2012, Equipo de Estudios Cáritas Española, 2012). El hecho de que no se verbalicen, no obstante, no implica que no existan. Para poder valorar adecuadamente esta cuestión sería necesario otro tipo de aproximación más específica, así como incluir probablemente también las voces de los hijos e hijas u otros miembros del hogar. Asimismo, aunque la vivencia que se narra sea bastante positiva, ello no significa que el sostenimiento de este rol tan central en la red familiar no genere cansancio, preocupación, ansiedad o incertidumbre en cuanto al futuro, y que por lo tanto no tenga, en consecuencia, implicaciones en el estado de salud y bienestar de estas personas.

La cuestión es, desde nuestro punto de vista, hasta cuándo se va a poder mantener en el tiempo esta situación. En este sentido, algunas de las personas plantean explícitamente la fragilidad de estos arreglos. Se considera que se depende de que no aparezcan otros problemas añadidos que puedan desestabilizar esta situación, como por ejemplo enfermedades o situaciones de dependencia que requieran de cuidados y atención.

> *Nosotros ahora mismo, de la forma en la que estamos lo estamos asumiendo, nosotros sin ningún tipo de problema. Ahí lo malo es por ejemplo que tú tengas algún problema en casa, que tu mujer o alguien tuviera un problema social y tú no pudieras atenderlo. Que tuvieras una persona con Alzheimer o alguna enfermedad así y necesitaras una silla de ruedas, ahí sí, porque antes lo que había era la Ley de dependencia, pero ahora, ¿qué es lo que hay? (Hombre, 67 años)*

Gráfico 8. Hogares cuya persona de referencia es jubilada por número de parados que conviven con la misma, Tercer Trimestre 2013. Miles.



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la Encuesta de Población Activa, consulta julio de 2013.

Nos parece relevante señalar el significativo aumento que se ha producido desde el año 2007 en el número de hogares donde la persona de referencia es jubilada y donde conviven una o más personas en situación de desempleo: la cifra se ha triplicado, llegando hasta unos 319.000 hogares el 2014 (TI). Esto supone un 8,7% de los hogares donde la persona de referencia es jubilada, frente al 3,4% que constituía el primer trimestre de 2007.

Cambios en la provisión de cuidados

Otro factor añadido del impacto de la crisis sobre las personas mayores es la intensificación de los cuidados que asumen. Como en los otros casos, la aportación de las personas mayores al cuidado familiar responde a patrones de solidaridad intergeneracional muy arraigados y no es algo que aparezca a raíz de la crisis económica. En la vejez, la familia pasa a ser cada vez más el eje central de la vida cotidiana y una fuente de sociabilidad, autoestima, identidad y estructuración del tiempo (Del Barrio y Sancho, 2012).

De hecho, las personas mayores dedican el 48,9% de su tiempo al trabajo doméstico y familiar, realizando las tareas del hogar y labores de apoyo a otras personas[29]: el 10,1% de la población de 65 y más años se dedicaba al cuidado de nietos/as o hijos/as como actividad principal en un día laborable en 2009. En concreto destaca el rol que toman en la crianza y cuidado de los nietos y nietas: casi 8 de cada 10 abuelos/as cuida o ha cuidado de éstos[30]. Esta aportación constituye un recurso fundamental para las familias para poder afrontar el problema de la conciliación entre la vida familiar y laboral: casi la mitad (49,5%) de las personas que cuidan de sus nietos/as lo hace casi a diario y un 44,9% casi todas las semanas, con una media de horas

[29]Barómetro Junio 2009. Estudio 2806 pregunta 11.
[30] Del Barrio y Sancho (2012), a partir de datos de la Encuesta de personas mayores del IMSERSO de 2010.

dedicadas todos los días de 5,8 horas; mientras casi un 30% lo hace 8 o más horas al día[31]. Además, se trata de una aportación realizada por ambos sexos con similar intensidad, aunque sí se han detectado diferencias en cuanto al tipo de tareas desempeñadas. Esta provisión de ayuda, no obstante, no se circunscribe a los nietos y nietas: un 13,9% de las personas mayores declaran haber prestado ayuda a otras personas cercanas en el último año (en el cuidado personal, ayuda doméstica, en trámites o gestiones, o haciendo compañía). Generalmente este cuidado se dirige al cónyuge o pareja, siendo el grupo de personas entre 75 y 79 años donde se concentra el mayor porcentaje de población que realiza estas tareas.

Por todo ello debemos subrayar que el rol de las personas mayores en el cuidado familiar es clave y responde no sólo a unos patrones de solidaridad intergeneracional sino también, y muy especialmente, a una carencia estructural de mecanismos de apoyo público en este ámbito; carencia que afecta de forma muy directa a los sectores con menor capacidad adquisitiva dado que no pueden suplirla contratando servicios privados. Las cifras hablan por sí solas: el gasto público español en infancia y familia fue en 2011 menos de la mitad de la media europea: 308,9 euros por habitante frente a los 650 de la Zona Euro y los 661 de la UE-15. También las partidas para personas con discapacidad fueron significativamente menores: 404,2 frente a 569,3 y 633,3 [32]. Por lo demás, con la crisis económica, ante el creciente desempleo las familias cada vez más se ven abocadas a aceptar empleos fuera de su lugar de residencia, en horarios inconvenientes, etc., que dificultan aún más la conciliación. Los ingresos por lo general se reducen, lo que dificulta todavía más la externalización del trabajo de cuidados de las personas a cargo (véase Gálvez y Torres, 2010). En el caso de los nietos, deviene más difícil financiar las actividades extraescolares que contribuían a paliar los problemas de conciliación de padres y madres, a la vez que se reducen los servicios públicos existentes para tal fin. También en el ámbito de la atención a la dependencia, los recortes que se han producido han generado una mayor necesidad de implicación familiar y han reducido el apoyo que reciben las personas cuidadoras, muchas de las cuales son mayores, y en concreto mujeres mayores.

El impacto de todo ello sobre las personas mayores es diverso. En uno de los casos analizados, por ejemplo, la hija de una de los hombres mayores entrevistados debe trasladarse a otra ciudad para conseguir un empleo. Con ello deja a su marido y a los nietos en su domicilio, y requiere del apoyo diario de su padre, de 80 años, para poder atenderlos cotidianamente. También los dos casos de reagrupamiento de familias monomarentales explicados en el anterior apartado expresan la gran necesidad de apoyo en los cuidados que requiere este tipo de familias. En varios de los relatos se visibiliza, pues, este papel clave de los abuelos y abuelas en el cuidado de los nietos, incluso cuando uno o ambos progenitores tienen empleo.

Si bien no en todas las entrevistas se menciona explícitamente que este cuidado proporcionado por las personas mayores a sus nietos se haya intensificado debido a la crisis económica, sí que en cambio sus relatos sugieren que no se puede recurrir a otras opciones y que por lo tanto su papel es imprescindible, lo que en ocasiones, cuando concurren problemas de salud significativos, genera una sobrecarga muy notable.

[31] Encuesta de personas mayores del IMSERSO de 2010 y Del Barrio y Sancho (2012).
[32] Datos de Eurostat, consulta en diciembre 2013.

4. Conclusiones

El punto de partida del presente texto ha sido la reformulación de nociones sociales generalizadas en torno a la mal denominada "tercera edad" como un período homogéneo de declive, retiro o improductividad mostrando cómo las personas mayores no sólo cuestionan los rasgos de pasividad y dependencia hasta ahora atribuidos a ellas, sino que además los subvierten adoptando nuevos roles. Se visibiliza, a su vez, la enorme diversidad existente en su seno, destacando de manera particular los impactos que las desigualdades de género y de clase social, así como de las interacciones entre ambas, tienen sobre las trayectorias, experiencias y relatos de las personas mayores.

Dicho esto, la pregunta vertebradora de nuestro trabajo versa sobre los impactos que la actual crisis económica está teniendo sobre las personas mayores en el Estado español. Para responder a dicho interrogante, se ha planteado la siguiente tesis como hilo conductor del análisis: a pesar de que las personas mayores han constituido históricamente uno de los colectivos sociales con ingresos más bajos y mayor vulnerabilidad económica, en estos momentos la posesión de tres recursos cruciales les sitúa en un situación de relativa estabilidad y, además, les permite jugar un rol económico y de apoyo familiar o comunitario fundamental. Su pensión, su vivienda (en propiedad) y su inserción en las redes familiares, devienen tres fuentes básicas de seguridad. La movilización de dichos recursos en el actual contexto se traduce, así, en capacidad para proporcionar apoyo económico a familiares que han perdido el empleo o ingresos, la disponibilidad para acoger a miembros de la familia en su propia vivienda o la capacidad para cuidar a nietos, entre otros, frente a la creciente dificultad de hijos e hijas de conciliar vida laboral y cuidado así como frente a la pérdida de apoyo público para tal menester. Estas tres constantes les permiten, a su vez, enfrentarse a un escenario económico plagado de adversidades e incertidumbre con cierta tranquilidad.

Resulta necesario a nuestro parecer continuar indagando sobre el rol que las personas mayores están adquiriendo en el actual contexto en tanto que "amortiguadoras" o "colchones" frente a los estragos causados por el desempleo, los escándalos financieros como es el caso de las preferentes, los profundos recortes acaecidos en gasto público social o las ejecuciones hipotecarias. Si bien consideramos imprescindible visibilizar estas nuevas realidades, los análisis deberían realizarse, sin embargo, con extrema prudencia y cautela para evitar recurrir a descripciones de corte simplificador e incluso invisibilizar las dificultades, tanto transversales como específicas, a las que continúan enfrentándose las personas mayores en el Estado español.

En primer lugar, tal y como se ha mostrado, continúa existiendo una variable que amenaza con hacer tambalearse en cualquier momento al precario equilibrio sobre el que descansa el bienestar de las personas mayores: la aparición de un problema de salud y/o el deterioro de la autonomía funcional. Dicho riesgo se cierne no sólo sobre su capacidad de ejercer de red de apoyo hacia sus familiares en forma, por ejemplo, de cuidados, sino que también pone en entredicho su propia independencia y calidad de vida. En un contexto, además, donde un gasto social y sanitario, ya de por sí insuficiente, se ve severamente reducido por las políticas de austeridad, y ante la creciente dificultad de hijos e hijas para proporcionar apoyo directo o económico a sus progenitores, una gran incertidumbre sobrevuela el futuro de las personas mayores que caigan en situaciones de autonomía restringida y/o de necesidad de atención y cuidado.

En segundo lugar, resulta imprescindible no olvidar que la mejora de indicadores de riesgo de pobreza de las personas mayores en años recientes no se debe tanto a un ascenso real de su nivel adquisitivo sino a un empobrecimiento del resto de franjas de edad. Ha sido la relativa constancia de sus ingresos en forma sobre todo de pensiones lo que les ha colocado a raíz de la crisis en posiciones de mayor seguridad relativa. No obstante, desde el año 2010 se han sucedido diversas reformas de las pensiones en las políticas del gobierno; reformas que han coincidido en reducir la capacidad adquisitiva y la seguridad de las personas una vez que

abandonan el mercado laboral. La más reciente desvincula el incremento de la cuantía de las pensiones del ascenso del coste de la vida; y en conjunto todas ellas han comportado una pérdida de un 2% en el poder adquisitivo de las personas mayores en los últimos tres años [33]. Habida cuenta de ello, así como del debate en torno al gasto en pensiones y su impacto en el déficit público, cabe preguntarse en qué dirección seguirán evolucionando, juntamente con el recorrido de otras prestaciones y programas sociales, a la hora de proporcionar no sólo un envejecimiento activo y autónomo, sino también lo que en estos momentos puede ya considerarse una de las principales mallas de seguridad en nuestro país ante los devastadores efectos de la crisis económica.

5. Bibliografía

ABELLÁN, A., Y PUJOL, R. (2013): "¿Quién cuidará de nosotros cuando seamos octogenarios?", en *Blog Envejecimiento en red.* Publicado: 02/09/2013 http://envejecimientoenred.wordpress.com/2013/09/02/quien-cuidara-de-nosotros-cuando-seamos-octogenarios/, consulta noviembre 2013.

CALASANTIS, T.M. (1996): "Incorporating diversity: Meaning, levels of research, and implications for Theory", *The Gereontological Society of America* 36(2), pp. 147-156.

CEBRIÁN, INMACULADA Y MORENO, GLORIA (2013): "Impacto de las trayectorias laborales de las mujeres de mediana edad sobre los ingresos en la edad de jubilación", en Crespo, Pilar et al. (eds.) *Género y envejecimiento*. Madrid: Ediciones Universidad Autónoma de Madrid.

DEL BARRIO, ELENA, Y SANCHO, Mª TERESA (2012): "Vida cotidiana, valores, actitudes y la experiencia de envejecer", en IMSERSO (2012) *Informe 2010. Las personas mayores en España. Datos Estadísticos Estatales y por Comunidades Autónomas*, tomo I. Madrid: Instituto de Mayores y Servicios Sociales.

DÍAZ MARTÍN, ROSA, HERRANZ, RUBÉN, MADRIGAL, ANA, Y NAVARRO, LUIS (2012): "Servicios sociales para mayores en España. Enero 2010", en IMSERSO, *Informe 2010. Las personas mayores en España. Datos Estadísticos Estatales y por Comunidades Autónomas*, tomo I. Madrid: Instituto de Mayores y Servicios Sociales.

EQUIPO DE ESTUDIOS CÁRITAS ESPAÑOLA (2012): *VII Informe del Observatorio de la Realidad Social. De la coyuntura a la estructura: los efectos permanentes de la crisis*. Publicado en http://www.caritas.es/Publicaciones_Info.aspx?Id=449, consulta en noviembre 2013.

EQUIPO DE ESTUDIOS CÁRITAS ESPAÑOLA (2013): *VIII Informe del Observatorio de la Realidad Social. Empobrecimiento y desigualdad social: el aumento de la fractura social en una sociedad vulnerable que empobrece*. Publicado en http://www.caritas.es/Publicaciones_Info.aspx?Id=449, consulta en noviembre 2013.

EZQUERRA, SANDRA (2012): "Acumulación por desposesión, género y crisis en el Estado español", *Revista de Economía Crítica*, 14, pp. 124-147.

FEDERACIÓN DE PENSIONISTAS Y JUBILADOS DE CCOO (coord.) (2013): *Observatorio social de las personas mayores 2013*. Madrid: CCOO-

[33] Vargas, Jairo "Los pensionistas pierden un 2% de poder adquisitivo en tres años", *Público,* 28/12/2013, http://www.publico.es/491824/los-pensionistas-pierden-un-2-de-poder-adquisitivo-en-tres-anos Consulta en diciembre 2013.

GÁLVEZ, LINA Y TORRES, JUAN (2010): *Desiguales. Mujeres y hombres en la crisis financiera*, Barcelona: Icaria.

HOLSTEIN, M., & MINKLER, M. (2003): "Self, society and the 'new gerontology", *The Gerontologist* 43(6), pp. 787−796.

IMSERSO (2005): *Cuidados a las Personas Mayores en los Hogares Españoles. El entorno familiar*. Madrid: Instituto de Mayores y Servicios Sociales.

IMSERSO (2011): "Tendencias demográficas actuales". En IMSERSO, *Libro blanco del envejecimiento Activo*. Madrid: Ministerio de Sanidad y Política Social, Secretaría General de Política Social y Consumo, Instituto de Mayores y Servicios Sociales.

IMSERSO (2012): *Informe 2010. Las personas mayores en España. Datos Estadísticos Estatales y por Comunidades Autónomas*, tomo I. Madrid: Instituto de Mayores y Servicios Sociales. consulta noviembre 2013.

INE (2012): "Proyecciones de Población 2012", *Nota de prensa*. 19 de noviembre de 2012 (Actualizada 4 de diciembre de 2012)

LAPARRA, M., PÉREZ, B. (2012): *Crisis y fractura social en Europa. Causas y efectos en España*, Barcelona: Obra social "La Caixa".

LORENZO, LAURA, Y SANCHO, Mª TERESA (2012): "Formas de convivencia, relaciones personales y la experiencia de envejecer". En IMSERSO *Informe 2010. Las personas mayores en España. Datos Estadísticos Estatales y por Comunidades Autónomas*, tomo I. Madrid: Instituto de Mayores y Servicios Sociales.

MARTÍNEZ, LUCÍA Y GARCÍA, ÁNGEL (2012): "La transformación de las condiciones de vida de los hogares: privación material, derechos sociales y modelos de convivencia". En Miguel Laparra y Begoña Pérez, *Crisis y fractura social en Europa. Causas y efectos en España*, Barcelona: Obra social "La Caixa".

MORENO, LUIS (2012): *Crisis y Estado del Bienestar. La Europa Asocial*. Barcelona: Península.

NALDINI, MANUELA (2003): *The family in the Mediterranean welfare states.* Londres: Routledge.

NUÑO, LAURA (2010) : *El mito del varón sustentador. Orígenes y consecuencias de la división sexual del trabajo*. Barcelona: Icaria.

PÉREZ DÍAZ, JULIO (2004): "Poder tener abuelos, la normalización demográfica española", *Geriatrianet.com Revista electrónica de Gerontología y Geriatría,* Vol. 6 Núm. 1.

PÉREZ OROZCO, AMAIA (2012): "Crisis multidimensional y sostenibilidad de la vida", *Investigaciones Feministas*, 2, pp. 29-53

PRIETO, DANIEL, ETXEBERRÍA, IGONE, GALDONA, NEREA, URDANETA, ELENA, YANGUAS, JAVIER (2009): *Las dimensiones subjetivas del envejecimiento*. Madrid: Instituto de Mayores y Servicios Sociales.

RODRÍGUEZ CABRERO, GREGORIO (2011): "Economía del envejecimiento", en IMSERSO *Libro blanco del envejecimiento activo*. Madrid: Ministerio de Sanidad, Política Social e Igualdad, Instituto de Mayores y Servicios Sociales.

SARASÚA, CARMEN, Y MOLINERO, CARME (2008): "Franquismo, Trabajo y Niveles de vida. Un estado de la cuestión desde una perspectiva de género", en Borderías, Cristina (ed.) *Historia de las mujeres: perspectivas actuales*. Barcelona: Icaria.

PAH Y OBSERVATORI DESC (2013): *Emergencia habitacional en el Estado español*. Publicado en http://afectadosporlahipoteca.com/wp-content/uploads/2013/12/2013-Informe_habtitatge-17Dic.pdf. Consulta diciembre 20123.

VALLÉS, M. (1997): *Técnicas de investigación social: Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Síntesis.

VARGAS, JAIRO: "Los pensionistas pierden un 2% de poder adquisitivo en tres años", *Público*, 28/12/2013, http://www.publico.es/491824/los-pensionistas-pierden-un-2-de-poder-adquisitivo-en-tres-anos Consulta en diciembre 2013.

VEGA, CRISTINA (2009): *Culturas del cuidado en transición*. Barcelona: Editorial UOC.

DOCUMENTO DE TRABAJO 5.9

VII Informe sobre exclusión y desarrollo social en España 2014

FUNDACIÓN FOESSA
FOMENTO DE ESTUDIOS SOCIALES
Y DE SOCIOLOGIA APLICADA

Cáritas